

ador no la oye. Ha cogido un  
rdi y se abandona al encanta-  
su melodioso pesimismo.

o, Raquel? Dímelo—murmuró  
o ves, puedo hacer política y  
paciencia para esperar los re-  
e hecho mal en abandonar la  
tín que dí a *Avanti*, «Claudia  
erida del Cardenal», dobló la  
s eso lo que me interesa. Ha-  
ares, nó, por misericordia! Era  
ñil. *Al menos, se ve lo que se  
o de construir una casa.*

se calla y permanece sentado  
on las piernas colgantes y los

le habla dulcemente de su in-  
re, de mamá Rosa y de aquel  
—que condujo los gansos de  
el vergel de Joseíto...

ncido se revigoriga al contacto  
El campesino asfixiado por los  
valor, encontrando su infancia  
de su mujer.

.....  
a el violín y se ponía a tocar  
corbata deshecha y su hermosa  
a sobre el instrumento, como si  
no de una mujer.

Doña Raquel, con las manos cruzadas sobre  
el vientre grávido por una vida nueva, lo escu-  
chaba sonriendo.

—¡Cuán dichosos seríamos—pensaba ella—si  
no existiera esa maldita política!

Pero la política no abandonaba a su violi-  
nista.

Y doña Raquel veía con menos alegría que  
orgullo que su instructor romántico se convertía  
en hombre grande.

Hélo aquí como figura principal del perió-  
dico *L'Avanti* y líder extremista de su partido.  
De ambas cosas se aprovechaba para fomentar  
una pequeña revuelta a propósito del desembarco  
de los soldados italianos en Trípoli.

Cogen a Benito. Lo condenan luégo a cinco  
meses de prisión.

Doña Raquel no llora. Espera, atendiendo  
a su casa, como siempre.

Benito sale del encierro y se convierte en  
director del *Avanti*. Firma artículos cada vez  
más incendiarios.

1914. En un pequeño pueblo, del que nadie  
sabe el nombre, un archiduque austriaco y su  
mujer caen bajo los disparos de unos conjurados  
servios. La ola de sangre de Sarajevo se extien-  
de, crece e inunda a Europa.

Al comienzo, Italia no se moviliza y doña  
Raquel aprueba con toda su alma a su marido  
cuando éste protesta contra la guerra.